

La lengua disciplinada

Ciencia, lengua y cultura nacional. La transferencia de la ciencia del lenguaje en Colombia, 1867-1911

ANDRÉS JIMÉNEZ ÁNGEL
Pontificia Universidad Javeriana,
Bogotá, 2018, 440 pp.

SABEMOS DESDE hace un tiempo que los discursos tradicionales usados por los historiadores europeos para contar la historia de sus naciones no permiten capturar las complejidades de las historias de las naciones americanas. Esto se debe en gran medida a que es necesario salirse de los marcos de la nación para explicar las causas y consecuencias de apariciones, cambios y movimientos que ocurren en ellas. La difusión de saberes u objetos desde Europa hacia afuera del continente, o la aculturación de prácticas provenientes de allá, son tal vez las estrategias más convencionales para contar esas historias, estrategias que a menudo proyectan un halo civilizatorio.

Y cuando de historia de la ciencia o del conocimiento se trata, esta retórica difusionista sigue aún en pie, a menudo de la mano de relatos unilineales, acumulativos y triunfalistas. Esto ocurre muy particularmente en la historiografía lingüística, cuya práctica ha estado hasta hace muy poco tiempo en manos de los propios lingüistas; por su parte, los historiadores de la ciencia —tal vez por considerarla una disciplina no del todo “científica”— también han dejado la lingüística de lado.

El historiador Andrés Jiménez Ángel, en su libro *Ciencia, lengua y cultura nacional. La transferencia de la ciencia del lenguaje en Colombia, 1867-1911*, es consciente de ello y se posiciona en el cruce de estos dos desafíos: ¿cómo contar los orígenes de una disciplina científica en Colombia sin caer en discursos difusionistas ni organicistas? Y más aún, teniendo en cuenta la centralidad que estos saberes y prácticas tuvieron en una serie de intelectuales letrados conservadores —encabezados por Miguel Antonio Caro— a la hora de consolidar, validar y afianzar un programa de ordenamiento y control político y social

durante la segunda mitad del siglo XIX, ¿cómo contar la historia de esta ciencia y de su uso?

Para ello, Jiménez busca mostrar en su libro cómo una comunidad intelectual comprometida con la conservación de la pureza y uniformidad de la lengua adopta un objeto cultural extranjero (la *ciencia del lenguaje*, *ciencia filológica* o *lingüística*) que les permitiría reclamar un lugar privilegiado en el control de uno de los principales instrumentos para la construcción de una cultura nacional. Si bien este tema se ha tocado en varias ocasiones desde que Malcolm Deas publicó “Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia” en su libro *Del poder y la gramática*, de 1992, no se había abordado un tratamiento comprensivo de los orígenes de la apropiación de esta disciplina por parte de este grupo de intelectuales y políticos.

Era ya sabido el lugar prominente de la “pureza” y “uniformidad” de la lengua en las propuestas conservadoras, porque la lengua reafirmaba

[...] las jerarquías sociales, las tradiciones y los valores religiosos, y asimismo el rechazo de los cánones estéticos y los “desvíos morales” derivados de la adopción de modelos extranjeros ajenos al “genio” de la lengua y la literatura españolas. De esta manera la lengua se convertía en una herramienta de lucha política y de control social, a través de la cual se buscaba contrarrestar los efectos de las reformas liberales, contener las amenazas a la “verdadera” civilización y volver a sentar las bases culturales del “genuino” orden social. (p. 16)

Pero entender cómo se apropia, despliega y usa esta disciplina para esos propósitos no se había hecho.

Esta apropiación no fue sencilla. No solo implicó el estudio científico de la lengua española en los primeros años de personajes como Caro o Rufino José Cuervo, sino la producción de estudios sobre esta, sobre el latín y sobre lenguas indígenas. Esta producción les permitiría —a unos más que a otros— desmarcarse de las autoridades prescriptivas y normativas peninsulares lo suficiente como para consolidar una autonomía necesaria

para proyectarse como ordenadores de la sociedad colombiana, pero sin alejarse demasiado y seguir usando el legado hispano para luchar contra el riesgo del afrancesamiento. Así mismo, gracias a la validación de esa producción —en específico, la de Rufino José Cuervo— en Francia, esta comunidad de intelectuales lograría en Colombia una mayor distinción y mejor posicionamiento para continuar con sus labores a favor de la lengua pura y uniforme. La apropiación de la ciencia continuaría entonces a través de múltiples publicaciones tanto de ellos como de sus defensores y sucesores, así como de intentos y reformas exitosas a los sistemas de educación, que a su vez permitieron allanar el terreno para que las ideas sobre la lengua pura y uniforme quedaran plasmadas en los libros de texto y en programas curriculares.

Para mostrar cómo funciona este empoderamiento de la ciencia del lenguaje por parte de este grupo de intelectuales, Jiménez utiliza el concepto de “transferencia cultural”, elaborado por Michel Espagne y Michael Werner desde los años ochenta, y utilizado por ellos en un inicio para describir las dinámicas multidireccionales de objetos culturales entre Alemania y Francia en los siglos XVIII y XIX. Es así como Jiménez recorre capítulo a capítulo cada uno de los puntos que deben ser tenidos en cuenta para llegar a esa conclusión, que a grandes rasgos se caracterizan por ser procesos de “selección”, “transmisión” y “recepción”.

En el primer capítulo, el autor analiza los distintos tipos de discursos y publicaciones de estos intelectuales gramáticos para evidenciar cómo se articula la defensa de la lengua con los valores sociales, políticos y culturales del conservatismo:

[...] una sociedad jerarquizada, fundada en la tradición y los valores católicos y orgullosa heredera de la gran misión civilizadora hispánica, cuyo cuidado quedaba a cargo de aquellos pocos privilegiados capaces de conocer a fondo —y defender— el “genio” de la lengua. (p. 47)

En el segundo, el autor se aproxima detalladamente a los actores, medios y espacios que pusieron en movimiento la ciencia del lenguaje;

con gran acierto, revela las múltiples actividades sociales y culturales de los intelectuales gramáticos, mostrando cómo fueron al mismo tiempo políticos, negociantes, hombres de Estado y profesores, y a la vez escritores, editores, impresores y libreros. Así mismo muestra el diletantismo de estos y sus perfiles autodidactas, no como una crítica a sus labores en comparación con el rigor académico profesional, sino como prácticas inherentes a su trabajo editorial y librero, y también el incansable esfuerzo de creación de redes epistolares.

Luego de perfilar a los actores y el objeto que se está transportando desde las universidades y centros de investigación franceses y alemanes, el autor aborda las estrategias de los actores para posicionarse como poseedores de un saber privilegiado, y después, en el caso de Caro y de Cuervo, la manera en que son representados como encarnaciones de las virtudes y valores de los científicos del lenguaje. Primero, personajes como Caro, Cuervo, Marco Fidel Suárez y Ezequiel Uricoechea adoptan rápidamente la historia de la disciplina para luego insertarse ellos mismos en esa historia. Al hacerlo, pueden dar el siguiente paso, el de estudiar el “buen uso” del español y al tiempo socavar los argumentos de que la lengua del pueblo, el “uso” de la lengua, fuera el estandarte a seguir. Por último, reconfiguran a Andrés Bello para hacerlo formar parte, a su lado, de la nueva ciencia del lenguaje.

En el último capítulo se encuentran los efectos que tuvo la recepción de la ciencia del lenguaje en Colombia. Partiendo de la polémica de Cuervo con el poeta español Juan Valera acerca del devenir de la lengua española, Jiménez logra perfilar la integración de esta ciencia en el ámbito colombiano, su difusión en el sistema educativo y la inclusión de textos de estos personajes en los manuales escolares para la enseñanza del español. Gracias a una segunda generación de intelectuales gramáticos como Suárez y José Manuel Marroquín, se logra consagrar la lengua como un elemento constitutivo de la identidad nacional y, en el marco del centenario de la Independencia, a Caro y a Cuervo como héroes nacionales y encarnaciones del ideal cultural conservador.

El libro logra ilustrar que, bajo el esquema planteado por Espagne y Werner, sí ocurre una transferencia cultural de la ciencia del lenguaje dentro de las coordenadas que estos autores señalan. Pero más allá de la adopción o no de este marco metodológico, el libro es una contribución fundamental, y hace tiempo necesaria, a la historia de las ciencias humanas y de la lingüística en Colombia. Deja abiertos también varios caminos de futuro provecho. Una decisión tomada al inicio del libro es uno de ellos. Al entender los distintos nombres de la ciencia del lenguaje que estaban circulando en esos momentos como sinónimos (gramática comparativa, lingüística, ciencia filológica, etc.), Jiménez no deja muy claro si para los intelectuales conservadores había una separación entre el estudio de la lengua como un código y el estudio de las culturas pasadas a través de sus legados lingüísticos y literarios. Esa separación entre lingüística y filología se comenzaba ya a percibir en Alemania y en Francia a partir de distintas especialidades y contribuciones de los estudiosos de lenguas europeas modernas, pero no tanto para las lenguas y culturas clásicas. Estudiar más detalladamente cómo se traza esta división en Colombia, alejados o no de la problemática de las transferencias culturales, será de seguro un camino a seguir, un camino que contemplará no solo la ciencia del lenguaje sino también los inicios de la arqueología, y su compleja relación para transportar un pasado clásico grecolatino a la realidad de nuestro pasado prehispánico y colonial.

Juan Manuel Espinosa Restrepo